

Universidad Nacional de
Rosario Facultad de Psicología



Trabajo Integrador Final

Autismo y Holocausto: un ensayo sobre las
marcas del dolor y el sufrimiento

Modalidad de Presentación: Ensayo

Autor/a: Eugenia Godoy

Legajo: G – 5274/4

Docente responsable: Mónica Araoz

-Año 2021-

A esta casa de altos estudios por formarme y permitirme crecer personal y profesionalmente.

A Mónica, por aceptar aventurarse en este camino conmigo y acompañarme tanto

personal como académicamente.
A mi familia, que me inculcó el estudio y la perseverancia, por el apoyo continuo, la contención y la ayuda incansable.
A mis amigos, especialmente los que me brindó la Facultad de Psicología, por acompañarme en este trayecto hacia la profesión que me interroga desde hace mucho tiempo.
A todos los que de alguna manera estuvieron acompañándome en este recorrido y hoy no están, por la paciencia y el amor.

Resumen.....	3
Introducción.....	4
Un dolor no sentido.....	5
El advenimiento del cuerpo.....	8
Cuando un cuerpo no deviene.....	9
El horror (no) tiene nombre propio.....	11
Sobrevivir a la deshumanización.....	13
Entorno hostil.....	15
Reflexiones finales.....	16
Referencias bibliográficas.....	19

Resumen

El presente ensayo toma como disparador el dolor y su ausencia. En función de esto último, interpela las relaciones posibles entre los niños autistas y los sobrevivientes de los campos de concentración. Interroga los modos en que el dolor se hace o no presente y su correlación con el sufrimiento, además de cuál es la probabilidad de desarrollar mecanismos de defensa en el autismo infantil. La idea inicial proviene de las teorizaciones de Bruno Bettelheim, referencia a partir de la cual el escrito pretende apropiarse de sus interrogantes y reflexionar sobre conceptos psicoanalíticos, como lo es el armado del cuerpo erógeno. Asimismo, toma reseñas clínicas de autores como Egge, Maleval y Levin con la finalidad de ilustrar la realidad del dolor en el autismo. Problematisa cierta articulación entre las marcas en la piel o en la memoria y los efectos en la subjetividad en cada una de las situaciones. Destaca la importancia y la influencia del entorno en el devenir subjetivo, a partir de situar paralelos no homologables. Arriba a considerar que la ausencia de dolor, en algunos casos, aparece estrictamente ligada a la construcción del cuerpo erógeno, como una estrategia o un mecanismo de defensa en pos de sobrevivir a un entorno considerado hostil, ya sea real o subjetivo. A partir de las experiencias clínicas de los niños autistas y de los relatos de los sobrevivientes de los campos de concentración, profundiza y retrabaja los puntos de confluencia hallados que, a su vez, invitan al lector a rastrear otros.

Palabras clave: psicoanálisis, entorno hostil, dolor, autismo, holocausto.

Introducción

¿Qué es el dolor? Podemos ubicarlo de diferentes maneras, pero para nuestro interés tomaremos dos posicionamientos. Por un lado, tenemos una definición proveniente del campo de las ciencias médicas que lo ubica como “una sensación y una experiencia emocional desagradable causadas por una lesión tisular presente o potencial o descrita por el paciente en términos de lesión tisular, aun en ausencia de esta” (Teixidor, Massó, 1997, p. 91).

Por otro, desde *El Proyecto de Psicología para neurólogos*, se define al dolor como “una irrupción de cantidades hipertróficas hacia el sistema de neuronas pasaderas y sistema de neuronas impasaderas, o sea, de cantidades que son de orden más elevado que los estímulos del sistema de neuronas pasaderas” (Freud, 2013, p. 351).

En función de estas dos definiciones, nos preguntamos si todas las personas sienten dolor; en caso contrario: ¿qué ocurre con aquellas que se muestran insensibles ante situaciones que podemos catalogar como dolorosas? Si hay un cuerpo que no siente, ¿solo quedan huellas en la piel?

No solo nos interrogamos por el dolor sentido, sino que también enlazamos la

carencia de reacciones frente al dolor. Tomamos como puntapié inicial la articulación establecida por Bettelheim, a partir de la cual intentaremos re trabajarla a lo largo del escrito. Postulamos que si nos interrogamos por el dolor es porque nos interpela la ausencia del mismo, y es justo ahí donde aparece un común denominador entre dos temáticas que, a simple vista, nada tienen que ver una con la otra: los niños autistas y los sobrevivientes de los campos de concentración.

Esta relación nos interpela desde hace un tiempo. Las inquietudes comenzaron con el cursado de dos seminarios que versaban sobre autismo. Asimismo, el interés llegó de la mano de la práctica pre profesional supervisada, donde el trabajo con niños gravemente afectados en su subjetividad en un Centro Educativo Terapéutico puso en primer plano la realidad de un cuerpo muy afectado en los niños diagnosticados con autismo, realidad totalmente desconocida para nosotros, así como también lo complejo del abordaje de esta problemática.

Comenzaron luego a inquietarnos los golpes y las lastimaduras no sentidas ni registradas, la ausencia de las reacciones que considerábamos esperables, así como por ejemplo el llanto producto de una incisión en la piel en un niño pequeño. Simultáneamente a estos acontecimientos, la lectura sobre la temática introdujo nuevas aristas y perspectivas. La pregunta por la ausencia del dolor trazó nuevos horizontes, hasta tal punto que llegamos a sitios impensados, este es el caso de la relación con los sobrevivientes de los campos de concentración.

De esta manera, apostamos a posicionarnos de modo crítico y reflexivo sobre la lectura y los comentarios de autores que han trabajado en profundidad la temática, siendo uno de ellos Bruno Bettelheim, psicólogo infantil y prisionero de los campos de concentración de Dachau y Buchenwald.

Encontramos en la lectura de Bettelheim, específicamente en los libros *Sobrevivir* (1981) y *La fortaleza vacía* (2012), referencias que nos permiten desarrollar el problema planteado. En estas dos obras tomadas para la confección de este escrito, el autor hace alusión a esta analogía. Su propia historia (tanto personal como profesional) está atravesada por ambas situaciones, por lo que consideramos pertinente tomarlo como referencia. Establece los paralelos que se pueden situar en relación a las condiciones que llevan, tanto a estos niños como a los prisioneros, a consecuencias devastadoras que implican el desmantelamiento subjetivo.

Se habla de autismo al decir que “algunos niños se quedan detenidos parcialmente en este estadio del desarrollo emocional e intelectual, y otros vuelven a él en parte. Son niños que sufren autismo infantil” (Bettelheim, 2012, p. 19). En este caso, el autor hace referencia a un modo primitivo de percibir y experimentar tanto el mundo como a sí mismos. A esto se le suma que los lazos sociales se ven perturbados, aparece incluso hasta un

4

distanciamiento respecto de los demás. Muchos de ellos se ven afectados hasta tal punto que ciertas vivencias con connotación dolorosa, parecieran no ser registradas. Estos posicionamientos nos conducen directamente al núcleo de nuestra temática. Es decir, indagar sobre qué es lo que lleva a una mutilación de los afectos y cuáles son las condiciones que promueven una retirada tan profunda.

Por otro lado, en los campos de concentración, los que allí residían eran despojados de todas las cualidades propiamente humanas y en cierto momento dicen ya no sentir, ni el frío, ni el hambre, ni el dolor; “la apatía, la anestesia emocional y la sensación de que a uno ya no le importa nada eran los síntomas característicos de la segunda fase de las reacciones psicológicas de los internados del campo (...)” (Frankl, 2015, p. 55).

Cobra vital importancia el anudamiento de estas reacciones al entorno en el que viven. Lo que se puede pesquisar sobre los prisioneros es la indiferencia con la que pasaban sus días y sobrellevaban la tortuosa vida en los campos de concentración. Por el

lado del autismo, podemos pensar al entorno en términos de ausencia de libidinización del cuerpo del niño por parte del Otro.

En función de los relatos citados, tomamos este punto en común porque nos desconcierta ver cómo allí, en lo más íntimo del autismo y en el horror del holocausto, pareciera no haber un sujeto que registre ese dolor y lo conmueva.

En estos dos grupos humanos con particularidades muy diferentes nos encontramos con cuerpos deshabitados. En nuestra lectura no olvidamos que es necesario establecer una distinción clínica, por un lado, y socio-histórica y política, por otro.

De esta manera, la teorización toma una vertiente innovadora y recorre sitios poco trabajados. Partimos de los lineamientos, que propone el autor, con el propósito de hacer nuestro su interrogante y desprender otras relaciones.

Si bien no desconocemos otras lecturas acerca de las problemáticas subjetivas del autismo, que nos posibilitan pensar desde diferentes perspectivas; el eje está marcado por la conceptualización psicoanalítica, también próxima al autor en cuestión.

Remarcamos que no pretendemos establecer una homologación entre los niños autistas y los sobrevivientes de los campos de concentración, ya que consideramos que sería un reduccionismo. Por el contrario, intentamos sostener las diferencias entre ambos y ponemos en tensión determinadas categorías que podrían establecerse como denominadores comunes, para pensar el trabajo psíquico y sus detenciones.

Subrayamos que como futuros profesionales de la Salud Mental, nos parece fundamental inmiscuirnos en la dimensión del dolor humano, específicamente aquí el del autismo, ya que es una problemática sumamente vigente que parte de una demanda social creciente que implica diferentes participantes, tales como la escuela, los padres y a la medicina. Sin más preámbulo, sostenemos que es un campo que nos conmina a desempeñarnos con las herramientas adecuadas. Sostenemos que es un área de vacancia dentro de la formación curricular (remitiéndonos estrictamente al cursado obligatorio) y la bibliografía, dentro de ella es escasa al igual que los recursos con los que contamos para el abordaje.

Un dolor no sentido

A partir de lo expuesto hacemos lugar a las vivencias, tanto de los niños autistas como de los prisioneros de los campos de concentración. Bettelheim dedica un apartado a esta cuestión en su libro *Sobrevivir* (1981). Allí menciona como el entorno puede llegar a producir experiencias devastadoras, tanto en niños como en adultos. En este punto iguala a los dos grupos humanos tomados en consideración, ya que sostiene que ambos están expuestos a situaciones límite donde el peligro es inminente y las defensas no alcanzan para protegerse.

En sus producciones teóricas el autor da lugar a los mecanismos de defensa, es decir, a las técnicas de las que el yo se vale ante los diferentes conflictos. Tal relación encuentra su fundamento en las vivencias de los sobrevivientes, quienes se encontraban

5

expuestos a situaciones deshumanizantes y solo predominaba el impulso por conservar la vida. Hacemos alusión, entonces, a ciertos mecanismos de defensa que actuarían en pos de sobrevivir ya que “el yo tiene por función la autoconservación (...)” (Freud, 2008, p. 93). Sin embargo nos cuestionamos ¿en las dos situaciones podemos hablar de mecanismos de defensa?

Bettelheim a lo largo de sus desarrollos plantea a la retirada autista como una defensa, particularmente, una defensa frente al sentimiento de desesperación de cada quien, con lo cual los afectos cumplirían un rol fundamental y determinante para asumir este comportamiento, sobre todo en la infancia temprana. De hecho, según las narraciones del

autor nadie que este privado del mundo afectivo podría convertirse en un ser humano.

También articula los mecanismos de defensa al yo. Trabaja la noción de ego débil, es decir, que son niños en quienes el sí mismo se desarrolla aunque de un modo desigual. Sin embargo, cumpliría la función de protección ante nuevos daños. Quedaría por ver la relación entre el yo y los mecanismos de defensa que el yo pone en juego.

Como ya adelantamos al lector, nuestra finalidad al poner en tensión estos postulados, es interpelar estas teorías. A partir de las distinciones que caracterizan a las poblaciones que tomamos en consideración, nos parece fundamental situar en primer lugar una cuestión que el autor también destaca y con la cual concordamos. Establece que el niño no ha tenido la oportunidad de desarrollar una personalidad previa, a diferencia de los prisioneros que ya han consolidado su yo en la infancia.

Asimismo, cuando el autor menciona: “Mahler reconocía también que el autismo es una reacción a una amenaza catastrófica” (Bettelheim, 2012, p. 74); no estamos en condiciones de poder afirmar de igual manera que los niños autistas y los sobrevivientes tuvieron una reacción defensiva ante una realidad hostil, justamente por lo que trabajamos en el párrafo anterior. No hay igualdad de condiciones entre quienes han podido consolidar su constitución yoica y quienes no pudieron hacerlo.

Podemos admitirlo en el caso de los prisioneros; ahora bien, cuando hablamos de autismo infantil deberíamos precisar algunas cuestiones. En primer lugar, Bruno Bettelheim entiende al autismo como una reacción defensiva frente a una realidad hostil; basándonos en Freud, sostenemos que si hablamos de defensa es porque hay un yo que se defiende. Ahora bien, supongamos que atribuimos un ego débil, tal como lo propone el autor, a estos niños gravemente afectados en su subjetividad ¿podríamos pensar al autismo puramente como efecto, como respuesta absolutamente defensiva, o como una consecuencia irrevocable de estar expuesto a estas condiciones, tal como lo plantea Bettelheim? En este punto, consideramos al entorno como un componente necesario e influyente en la constitución del psiquismo pero que no suficiente o determinante para explicar la causación del autismo infantil.

La relación existente entre los mecanismos de defensa y la constitución del yo nos parece fundamental para pensar el advenimiento subjetivo y, conjuntamente, el armado del cuerpo, pero en el autismo se nos plantea como una pregunta, por lo cual ponemos a dialogar diversos autores afines al tema con el propósito de desplegar posibles respuestas acordes al interrogante en cuestión. Hacemos foco específicamente en el autismo y damos lugar a la siguiente cita:

El niño autista trata a su cuerpo como Otro, no solamente en las estereotipias, sino también en los fenómenos como el congelamiento de los afectos: la ausencia de dolor físico y la ausencia de llanto, la indiferencia hacia la separación de la madre o de la persona de referencia. (Egge, 2008, p. 140)

Del mismo modo, el autor también plantea que, en algunos de estos niños, hay una relación entre esta ausencia del dolor y cierta ausencia de la noción de peligro.

Enzo, pequeño acróbata, trepa a todas partes: sobre las estanterías, de un armario a otro, a los radiadores, como un equilibrista. Cada tanto se confunde y cae, una vez en su casa se

cayó directamente desde una ventana a la primera planta y se fracturó un fémur, siempre sin señal alguna de dolor. (Egge, 2008, p. 140)

Diferentes psicoanalistas también indagan sobre estos aspectos, tan corrientes en esta problemática y, al mismo tiempo, tan ajenos a nuestros conocimientos sobre el tema. Sin embargo, estos relatos nos invitan a investigar, donde lo que prevalece es la ligazón (o

la no ligazón) entre el cuerpo y el dolor.

Tomamos como ejemplo a un niño que corre y “todo el cuerpo parece que no se detuviera; sale al balcón para intentar subirse a una gran pelota; torpemente, se cae y aparentemente no registra el dolor de la caída” (Levin, 2019, p. 133). Son situaciones en las que tampoco aparece el llanto como reacción sucesiva a una vivencia dolorosa.

La lectura de estos fragmentos nos lleva a cuestionarnos sobre la extinción de cualquier tipo de sensación. El dolor se nos presenta como mero ejemplo de las percepciones sensoriales. Junto a esta característica tan particular que presentan algunos niños diagnosticados con autismo, podemos situar otras. En este sentido, hablamos de una inexistencia de reacciones afectivas o, al menos, una dificultad en ellas.

Asimismo, el congelamiento de los afectos que enuncia Egge también se puede pesquisar en otros autores. De hecho, citamos aquí las palabras expresadas por alguien que padecía autismo: “los niños autistas -precisa Williams- están secretamente atrapados en una afectividad mutilada (...) podía decir lo que pensaba (...) pero no lo que sentía. Estaba constipada emocionalmente” (Maleval, 2017, S. P). Entonces, destacamos la no correlación entre las vivencias y la percepción de tales vivencias. Parecieran faltar los significantes que den cuenta de lo que le ocurre a esos cuerpos. Son significantes que no se imprimen sobre un cuerpo erógeno, sino más bien sobre lo real del cuerpo.

En la misma lógica, continuamos con el relato de Joey (uno de los niños con los que trabajó Bettelheim). Para él, si tenía afectos iba a ser destruido, con lo cual no le quedó más opción que insensibilizarse para sobrevivir y no hay nada más insensible que una máquina. Es un cuerpo-máquina que nada lo afecta, que nada siente.

El dolor es algo a construir, al igual que el cuerpo, de la mano de Otro. El significante de dolor o de cuidado lo aporta el Otro. Sin embargo, nos detenemos en este punto. A partir de la reflexión de los postulados de Le Breton, consideramos necesario establecer una distinción entre el dolor y el sufrimiento. El autor trabaja esta diferenciación cuando sitúa: “más vale el dolor (que dominamos) que el sufrimiento (que se impone sin remisión)” (Le Breton, 2019, p. 25). No obstante, lo que vemos en estos niños es un sufrimiento aplastante que muchas veces es vivido en silencio y hasta sin dolor.

Sin dejar de entender que muchas veces puede haber una estricta correlación entre ambas, no queremos caer en una generalización, ya que esto no siempre es así. No hay cálculo matemático que ligue el dolor al sufrimiento. Decimos entonces que mientras el dolor puede verse mitigado, aplacado o, incluso, silenciado hasta desaparecer, el sufrimiento es inherente a la cualidad humana, entendido desde una vertiente inevitable. Con el fin de aportar una postura más sólida a nuestra idea, nos apoyamos en Bettelheim cuando sostiene:

Mientras sufrimos no nos deshumanizamos. Sólo cuando inhibimos nuestras acciones y abandonamos los afectos dejamos de ser humanos. Los demás pueden destruirnos, pero únicamente nosotros podemos convertirnos en hielo o en máquina. El niño autista, pues, es una criatura que se impide a sí mismo sentir sus afectos, hacerlos conscientes, con lo que se impide, así, actuar en función de ellos. (Bettelheim, 2012, p. 440)

De este modo, el registro del dolor queda implicado en el advenimiento del cuerpo. La humanización del sujeto aparece íntimamente ligada tanto al sufrimiento como al dolor y al Otro. Vemos desanudados estos conceptos en el autismo infantil. En este aspecto encontramos convergencias respecto de los diferentes autores. Todos ellos hacen alusión a emociones congeladas o a un vacío emocional y afectivo. Habría que cuestionar también que es lo que ocurre con el cuerpo en esos casos en que se ve tan perturbado el desarrollo

Tanto es así que Joey muestra claramente en sus producciones el aislamiento en el que vive (o sobrevive), donde todas las figuras que dibuja aparecen sueltas en el medio de la hoja o desconectadas; justamente debía conectarse a la corriente eléctrica para comer, dormir y hacer sus necesidades. Era la única manera de poder ejecutar funciones humanas, de tener sensaciones y armarse de un cuerpo.

El advenimiento del cuerpo

De la ausencia de dolor necesariamente se desprende otra problemática: cómo un organismo adviene cuerpo erógeno. En este punto consideramos necesario plantear la brecha que se abre entre organismo y cuerpo erógeno, ya que ambos se ponen en juego en la temática en cuestión. Podemos decir que el organismo se queda en el ámbito de lo biológico, de los instintos, en lo que es de índole orgánica y en las necesidades físicas.

Desde el psicoanálisis se sostiene que el cuerpo erógeno no es algo con lo que se nace. Es decir que, el psicoanálisis entiende al cuerpo como diferente a lo que se puede comprender en el uso corriente del término. Si hablamos de cuerpo, hablamos de pulsión, de zonas erógenas, de libidinización, de un cuerpo afectado por un Otro. “El cuerpo no es primario, se constituye (...) Pero entonces para estos niños que han decidido no hacerse sujetos del discurso ¿qué destino para el cuerpo?” (Manzotti, 2008, p. 107).

El cuerpo erógeno implica un armado artesanal donde cada trazo es único e irrepetible, por eso decimos que hay tantos trazos como sujetos hay. Es el encuentro con el Otro el que ordena y comienza a dibujar el camino por el cual el sujeto deviene en calidad de deseante y, a su vez, deseado. De manera simultánea, tiene lugar el armado del cuerpo erógeno, del cual el niño se apropia.

La transición de organismo a cuerpo erógeno aparece estrictamente ligada a la presencia del Otro. Es necesario y a la vez fundamental que quien cumpla este rol nos done una imagen donde podamos reconocernos unificados y suponernos portantes de un cuerpo erógeno y propio. Asimismo, cobran relevancia dos aspectos sensoriales: la voz y la mirada. En este armado artesanal nos remitimos a un Otro que con su mirada y su voz delimita un cuerpo erógeno, lo dibuja con su manera de tocarlo. Con sus palabras dice mucho más de lo que se escucha; hay un lenguaje invisible que recorre la musicalidad, la prosodia y la entonación.

Si sostenemos que la libidinización del infans depende del Otro y de su deseo, entonces la construcción de la imagen del cuerpo se revela en su dependencia de ese Otro. Por lo cual es que establecemos que tal relación es fundante y al mismo tiempo fundamental, ya que promueve el pasaje desde un organismo a un cuerpo erógeno y da lugar a una escena y a la fantasía.

Así, el armado del cuerpo recorre los sinuosos caminos de las relaciones humanas. De esta manera, el cuerpo del niño empieza a ser delimitado, y con el tiempo, el pequeño se apropia de esta imagen corporal. Estas experiencias tan precoces dejan huellas en el devenir subjetivo, ya que un sujeto es mucho más que cuerpo libidinizado; es una historia, una coyuntura familiar, un momento particular de la trama afectiva-relacional.

En este sentido, decimos que lo imaginario va a empezar a desplegarse en función de un simbólico que viene allí a organizarlo. Debemos pensar lo imaginario y lo simbólico de manera conjunta, ya que no es uno sin lo otro. No podemos pensar en la conformación de un cuerpo erógeno que no implique estas dimensiones, ambas están entrelazadas y juntas forman el tejido singular de cada niño.

Lo simbólico sería el trampolín que hace posible la apropiación de este cuerpo, es decir que, “el sujeto puede tener un cuerpo solo a partir del orden simbólico, del <cuerpo simbólico> que se incorpora al organismo volviéndolo cuerpo” (Egge, 2008, pp 164-165).

Agregamos a este postulado las nociones planteadas previamente. Así, establecemos que la formación del yo entra en relación con la apropiación de una imagen corporal y esto

siempre es mediante Otro que lo simboliza y lo nombra. Hace falta un paso más para pensar el pasaje de organismo a cuerpo erógeno.

En función de este recorrido aparece la pregunta por el significante que se implanta en el cuerpo, volviéndolo de este modo cuerpo erógeno. Ahí está la clave, en el efecto significante que le va dando forma al pequeño. Para trabajar esta cuestión nos parece fundamental destacar los postulados de Jerusalinsky, quien sitúa que “para que esto se produzca es necesario que la madre establezca una serie de puentes de actividades significantes que traduzcan su discurso en un idioma que se aproxime a las condiciones de insuficiencia constitucional del cachorro humano” (Jerusalinsky, 1988, p.46).

Por su parte, Lacan sostiene que el sujeto emerge del Otro, motivo por el cual sitúa en el primer esquema de la división al sujeto en el campo del Otro. Este Otro es el lugar de la palabra, de la comunicación; del lenguaje como matriz psíquica que determina al sujeto. Por eso, en ese momento de prematuración propio del nacimiento en el hombre, al cual hicimos alusión anteriormente, le es vital el Otro y el lenguaje que se infiltra de forma parásita.

El autor apuntó a ilustrar la naturaleza de la relación dual, la cual arma, delimita y sostiene una escena, “la función del estadio del espejo se nos revela entonces como un caso particular de la función de la imago, que es establecer una relación del organismo con su realidad; o, como se ha dicho, del Innenwelt con el Umwelt” (Lacan, 2018, p. 102). Nos parece pertinente tomar esta cita donde el autor alude a un organismo y es por medio de un Otro que se hace posible la apropiación del cuerpo y la unificación de la imagen del mismo a través del estadio del espejo.

De manera semejante, encontramos referenciado esto en *Autismos y espectros al acecho* (Levin, 2019) donde el autor menciona a lo largo del escrito que la experiencia de un niño siempre es de afuera, pero hace que se constituya el adentro. Sin embargo, nos interrogan los efectos cuando la identificación del estadio del espejo no se ha producido.

Entonces nos preguntamos: ¿qué es lo que se pone en juego en esta relación? Si ese encuentro hace posible el armado corporal y el advenimiento de un sujeto; si no es un cuerpo ¿qué podría advenir de un no-encuentro? Si partimos de la idea de que el sistema materno va a ser el que asegure su condición de sujeto en el niño, “el surgimiento tanto de rasgos como de cuadros autistas está íntimamente vinculado al desequilibrio del encuentro del agente materno con el niño” (Jerusalinsky, 1988, p. 28). En función de estas inquietudes abrimos paso al desarrollo de posibles respuestas.

Cuando un cuerpo no deviene

En un niño autista los afectos parecen no estar constituidos, lo mismo aparenta ocurrir con el cuerpo. Hay una estricta solidaridad entre estos conceptos, por eso pensamos estas dos cuestiones de manera conjunta. Para poder sentir los afectos hace falta un cuerpo habitado por un sujeto que pueda decodificar, por ejemplo, el dolor.

Coincidimos con Levin en que “la sensibilidad como inscripción subjetiva se realiza en el cuerpo, nunca en la organicidad” (Levin, 2019, p. 45). Entonces, volvemos a poner en valor el interrogante inicial donde partíamos de la relación entre el cuerpo y el dolor, la cual entra en correspondencia con el registro de las percepciones por parte del yo. A continuación citamos al padre del psicoanálisis cuando trabaja esta relación. Sostiene que:

El yo deriva en última instancia de sensaciones corporales, principalmente las que parten de la superficie del cuerpo. Cabe considerarlo, entonces, como la proyección psíquica de la superficie del cuerpo, además de representar, como se ha visto antes, la superficie del aparato psíquico. (Freud, 1996, pp 27-28)

Así, las diferentes sensaciones requieren tanto un cuerpo que las registre como de un yo que las interprete. Sobran relatos sobre situaciones que implicarían el registro del cuerpo y del dolor, pero nada de esto parece ser advertido. Hay una ausencia de la constitución del cuerpo en tanto cuerpo libidinal. “El hecho de no tener configurada la

9

imagen corporal, hace que muchas veces su postura se desorganice, sin que al golpearse registre el peligro, el riesgo y, muchas veces, tampoco el dolor” (Levin, 2019, p. 144). Hablamos de cuerpos disgregados, donde pareciera faltar una unificación que le de forma y lo haga actuar en conjunto. Diferentes partes adosadas a un cuerpo carente de vida. No solo no hay registro sino que tampoco se sabe muy bien qué hacer con esto que portan. Podemos ver, incluso, cierta extranjería del cuerpo, hasta una incomodidad que lleva a desarmarlo por completo.

Al final de su enseñanza, cuando Lacan trabaja la golpiza de Joyce también lo menciona del siguiente modo: “resulta curioso que haya gente que no experimente afecto por la violencia sufrida corporalmente” (Lacan, 2005, p. 147). En base a esto decimos que no hay registro del dolor porque no hay registro del cuerpo, no hay un cuerpo erógeno constituido.

De manera similar, en su escrito Levin aduce que se ha encontrado con niños que pareciera que el cuerpo no les pesara, y refiriéndose específicamente a esta cuestión sitúa: “un cuerpo despedazado en cada fragmento sigue vivo en lo real de un órgano, paradójicamente sin vida. Carece de dolor, no tiene cabida la existencia del sufrimiento” (Levin, 2019, pp 22-23).

Retomamos en este punto las referencias citadas previamente, cuando abordamos la noción de sufrimiento. Podemos afirmar junto con el autor, y con los demás autores que traemos a colación, la extinción de toda sensación de dolor. Ahora bien, nos queda pendiente realizar un trabajo más profundo para poder pensar el sufrimiento en el autismo. Que no les duela no quiere decir que no sufran, si bien dijimos que el sufrimiento es inherente a la condición humana y, a su vez, mencionamos que para convertirse en ser humano es necesario desplegarse libremente en el campo afectivo; pensamos a estos niños como padecientes de un sufrimiento que no logra encontrar los medios para tramitarse.

Anudamos a estas cuestiones que la humanidad implica a un Otro que con su deseo pueda bordear un cuerpo erógeno. Por esto es que pensamos al autismo en función de los múltiples factores que mencionamos, que se entrañan en la coyuntura particular de cada niño.

Recordará el lector que al comienzo nos interrogamos sobre la huellas en la piel, entonces aquí hacemos un paréntesis para abordar la relación entre la ausencia de dolor y las autoagresiones que forman su entramado. Podemos ubicar aquí las cicatrices, que muchas veces son producto de autolesiones.

Estas autoagresiones podrían no preocuparnos en el desarrollo temprano de un niño, ya que esta cuestión aparece ligada a elaboración del esquema corporal. En tanto el niño pueda empezar a controlar sus movimientos y la totalidad de su cuerpo, cesarían estas autolesiones. La cuestión es que comienzan a volverse llamativas cuando se repiten y se mantienen en el tiempo; cuando ya no son indicio de una exploración personal y del medio en el que viven.

Algunos de estos niños parecen arrasar con todo lo que tienen por delante. De esto, quedan marcas e inscripciones en ese organismo que intenta armar un cuerpo, a su modo, a través de los golpes, las caídas y las cicatrices. Están atravesados por otras marcas que dejan ver el entorno hostil que se les hace presente, ahí encuentra su fuente el trasfondo de la automutilaciones.

Con sus actos agresivos y autoagresivos, el niño intenta poner el mundo externo bajo su

control. Por lo tanto el mundo exterior existe, pero es un mundo al cual el niño opone una gran desconfianza, un mundo siempre al acecho, listo para tenderle una trampa. (Egge, 2008, p. 181)

Conforme a lo trabajado, consideramos estas acciones como indicadores del sufrimiento aplastante que el niño atraviesa. En estos casos, donde la palabra no puede hacer drenar el sufrimiento la piel es el campo de batalla.

10

Los padecimientos de la carne nos abren a la pregunta por singularidad, ya que no constituyen lo patognomónico del cuadro autista, pero son recurrencias harto llamativas. Mejor se expresa Bettelheim cuando aborda las experiencias con niños violentos:

Este comportamiento, aun siendo la expresión más dramática del autismo infantil, no es ni mucho menos la característica específica de esta perturbación; es accesorio; ni mucho menos esencial; no persiste, no es omnipotente, en comparación con la perturbación del contacto con estos niños, con su ausencia aparente y total de relación con el medio. Esto es lo que caracteriza específicamente a todos los niños autistas. (Bettelheim, 2012, p. 496)

De este modo sostenemos que, al igual que la ausencia del dolor, las autoagresiones en estos niños pueden estar presentes como no. No obstante, lo que se puede concebir es que en el autismo hay una relación diferente con la palabra, ya que si hacemos alusión a las características que podemos observar en niños con padecimientos subjetivos severos, hablamos de ausencia de lenguaje, estereotipias en el jugar, imposibilidad de realizar el como si propio del juego, entre otras.

Consideramos que para que la palabra (libidinizada) sea propagada es necesario que de manera conjunta se pueda bordear un cuerpo erógeno. De esta manera, quien funcione como Otro tendrá que poner a circular un significante que haga huella y asegure un sujeto venidero. Hacemos presente la relación entre el Otro y la afectividad, por lo cual tomamos las palabras de Juana Levin, quien enuncia que el niño que se siente aislado afectivamente no habla, porque sin un otro no hay nada que decir (Levin, 2002, p. 22).

Conforme a lo trabajado podemos concluir, de manera provisoria, que hay un cuerpo que no participa emocional y afectivamente, tal como si no tuviera erogeneidad. Aparece un organismo que es un puro real, donde el dolor no existe, se aplaca, se acalla por lo terrible o lo avasallante que resulta la realidad en la cual están inmersos. Podemos decir que hay intentos fallidos de construcción de una superficie corporal, y ejemplo de esto son las autolesiones.

Sin embargo nos cuestionamos ¿qué otras condiciones logran inhibir el dolor de la piel? ¿Y qué hay del dolor de los recuerdos, del dolor de la memoria?

El horror (no) tiene nombre propio

Vemos delinearse diferentes inscripciones. Por un lado, los presos de los distintos campos perdían toda cualidad subjetiva y eran marcados como animales mediante una huella grabada, no solo en la piel, sino también en lo más íntimo de cada uno. A partir de los números lograban distinguirse cuando ya no quedaban rastros humanos en ellos. De un modo brillante, Bettelheim logra describir esta situación, aunque el relato mismo resulta desgarrador:

Al ingresar en el campo estas personas perdían su nombre, no eran tratadas como personas sino como cosas a las que había que clasificar y despachar. En su inmensa mayoría eran asesinadas inmediatamente; las demás quedaban reducidas a números tatuados en el brazo,

seres sin nombres, totalmente despersonalizados, a los que se aprovecharía como trabajadores forzados hasta que llegase el momento de exterminarlos también. (Bettelheim, 1981, p. 128)

Llevaban un número grabado a fuego en la piel a partir del cual se podían identificar ante las autoridades. A lo largo de los escritos se relatan diferentes experiencias donde puntualizan que los objetivos de la Gestapo incluyen la deshumanización de los cuerpos. Aparece el imperativo de transformarse en masas dóciles, para esto era necesario dejar de lado las emociones y los sentimientos con el único objetivo de lograr un mejor rendimiento y desempeño. En estos relatos ya podemos observar una merma de los atributos propiamente humanos.

11

Por otro lado, cabe situar que si en niños gravemente afectados en su constitución subjetiva hicimos alusión a las marcas a nivel de la piel, podemos encontrar aquí su punto de confluencia con las marcas psíquicas que dejaron las vivencias de los campos de concentración en los sobrevivientes. Los relatos de los ex presos se caracterizan por transmitir el horror en carne propia. Fragmentos que están sesgados por la muerte y la supervivencia, donde la vida es la última esperanza pero la única ilusión por la cual resistir semejante atrocidad.

Entonces, ubicamos por un lado la apertura de la piel con las incisiones ocasionadas por no medir el peligro y por otro la apertura del recuerdo, que no logra aliviarse ni tramitarse. Sostenemos la pregunta junto con Bettelheim respecto de la memoria, de todos aquellos que fueron prisioneros y tuvieron la suerte de sobrevivir “¿y qué hay de los numerosos supervivientes que quedaron totalmente destrozados por su experiencia, hasta el punto de que años y años de las mejores atenciones psiquiátricas no consiguieron ayudarles en sus depresiones profundas y a menudo suicidas?” (Bettelheim, 1981, p. 232).

En este sentido, aparece el suicidio como un medio para ponerle fin a la extrema tensión sufrida en los campos, ya que había quienes se dejaban vencer por las condiciones y acababan por morir. Y también como forma de escape a la cruda realidad diaria: “Celan no consiguió liberarse de las secuelas de su destino y en 1970 se suicidó” (Bettelheim, 1981, p. 128). El mismo Bruno Bettelheim tampoco pudo escapar a este destino.

Sobrevivir (1981) relata la crudeza de los hechos, tanto los que ocurrieron dentro de los campos como los martirios que tuvieron que vivir después, el autor menciona que más allá del número de sobrevivientes que figura en los libros, muchos de ellos no sobrevivieron a los recuerdos, muriendo luego de ser liberados. Tomamos en consideración estas cuestiones y nos retractamos, ya que quizás sobrevivir no fue una suerte para algunos (tal como habíamos dicho), debido a que las torturas perduraron luego de la estadía en los campos. Siempre sin encontrar respuestas, Bettelheim continúa preguntándose:

¿Y qué hay de las horribles pesadillas sobre los campos de concentración que de vez en cuando me despiertan hoy día, al cabo de treinta y cinco años, a pesar de una vida sumamente satisfactoria, y que también han experimentado todos los supervivientes a quienes he tenido la ocasión de preguntar? (Bettelheim, 1981, p. 233)

Queda plasmado lo doloroso del recuerdo, siempre vivo en la memoria, como si cada rememoración actualizara la vivencia pasada. Nunca es pasado lo que no se puede cerrar, lo que duele cada vez que reaparece. El dolor allí vivido no se limita al tiempo real y cronológico en que ocurrió, persiste como herida abierta en estos sobrevivientes.

Sueños que irrumpen sin piedad con las imágenes más crueles y perturban el dormir. El olvido no está ligado al descanso, parece ocurrir justamente todo lo contrario. No hay escapatoria a las huellas de la memoria que trazan la piel y abruman todos los

recuerdos. Sonidos que desgarran e imágenes que aturden, pesadillas que no preservan la función del dormir, pero estar despierto tampoco es sinónimo de comodidad.

En función de lo expuesto, podemos decir que hay recuerdos que atormentan y así lo dicen quienes lo vivieron en carne propia, varias décadas tuvieron que pasar para poder escribir sobre lo vivenciado. Aparece esta dificultad en común a la hora de poder estructurar narrativamente lo acontecido:

Pero mi proyecto resultaba irrealizable, por lo menos en lo inmediato y en su totalidad sistemática. El recuerdo de Buchenwald era demasiado denso, demasiado despiadado para que yo pudiera alcanzar de entrada una forma literaria tan depurada, tan abstracta. Cuando me despertaba a las dos de la madrugada con un grito del oficial S. S. en el oído, con la llama anaranjada del crematorio cegándome los ojos, la armonía sutil y sofisticada de mi proyecto se hacía añicos entre brutales disonancias. Sólo un grito que proviniera del fondo de las entrañas, sólo un silencio de muerte habría podido expresar el sufrimiento. (Semprun, 1994, p. 175)

12

El proceso de escritura los hace rememorar los hechos más crudos de la historia de la humanidad. Las palabras no alcanzan para elaborar o, al menos, bordear ese trauma en lo psíquico. Además, en estos casos, pareciera que el tiempo nunca es suficiente para poder dejar atrás una despersonalización semejante, vivencias que quedan grabadas a fuego en lo más íntimo de cada sobreviviente. En estos términos:

La herida corporal es una memoria del trauma reavivada sin cesar (...) La repetición marca la persistencia del sufrimiento. Todavía faltan las palabras o los interlocutores para expresarlo. Lo indecible del evento encuentra únicamente el lenguaje de un cuerpo que debe sangrar. (Le Breton, 2019, p. 53)

Nos parece pertinente tomar esta cita que resume nuestra idea del sufrimiento anudada a la dificultad de la puesta en palabras. Destacamos que, en este momento de sus desarrollos, Bettelheim integra el sufrimiento a la realidad del autismo.

Al igual que aquellos presos del campo de exterminio (...) muchos de estos jóvenes son incapaces de componer lenguaje de ninguna clase, porque ningún lenguaje conseguiría dar la medida de su dolor, desesperación, desolación y muerte en vida. Pero también están convencidos de que incluso si intentasen expresarlo todo, nadie les escucharía ni compadecería, porque nadie podría interesarse lo suficiente como para compartir con ellos su horrible sufrimiento y de esta manera aliviarlo. (Bettelheim, 1981, p. 140)

Al igual que Semprun, también Levi nos remite a la imposibilidad de lenguaje cuando enuncia: “entonces por primera vez nos damos cuenta de que nuestra lengua no tiene palabras para explicar esta ofensa, la destrucción de un hombre” (Levi, 2017, p. 26) por un hombre.

Dos situaciones que dejan a los protagonistas al intemperie, sin posibilidad de articulación simbólica: la dificultad para comprender los hechos de un proceso histórico como el holocausto, donde las palabras son insuficientes para aprehender una herida semejante; y lo que podemos leer como el sentimiento de incompreensión de los niños autistas, en quienes la palabra no es un camino viable, ya sea porque no se ha articulado o porque se presente como terrorífica y atormentadora. Parece ser que los términos son escasos a la hora de dar cuenta de lo vivido en estas situaciones límite. En la lectura de los diferentes relatos de los autores aquí mencionados se puede rastrear una coincidencia. Todos ellos aluden a la desintegración sufrida producto de los hechos vividos y es por esto que buscan desesperadamente la restitución o incluso convertirse nuevamente en seres

humanos.

Sobrevivir a la deshumanización

También hacemos lugar a la pregunta por el cuerpo en los prisioneros de los campos de concentración nazis. No hablamos de la ausencia de un cuerpo erógeno, sino más específicamente de un reajuste emocional que implica al cuerpo. Es Bettelheim quien plantea que esta semejanza lo desconcierta:

Los <musulmanes>, en particular, al igual que muchos niños autistas, no caminaban sino que sólo arrastraban los pies (...); tampoco tenían el balanceo armonioso y alternado del brazo con la pierna contralateral. Pese a esta ausencia de marcha armoniosamente articulada, se podía apreciar una cierta tirantez del cuerpo o bien una flojedad, características ambas de los movimientos de distintos niños autistas. (Bettelheim, 2012, p. 107)

Habla de los musulmanes, que es como le llamaban a los que sufrían agotamiento total emocional y físico y estaban convencidos de la inminencia de su muerte. En una palabra, los que mostraban una falta total de esperanza. No es el único autor que escribe sobre la temática y menciona estas actitudes que se hacen presentes en el cuerpo. Frankl enuncia:

13

Por la noche, cuando nos quitábamos los piojos, al ver nuestro propio cuerpo desnudo todos pensábamos lo mismo: en realidad, este cuerpo, mi cuerpo, ya es un cadáver. ¿Qué ha sido de mí? No soy más que una mínima parte de una gran masa de carne humana, encerrada tras la alambrada de espino, hacinada en un barracón de adobe. Una masa que cada día se descompone, porque ya no tiene vida. (Frankl, 2015, p. 62)

Es un cuerpo que parece quedarse, no solo sin herramientas, sino también sin vida producto de las experiencias sufridas, que ya no registra el dolor infligido y regresa a un estado de puro organismo, aparentemente como mecanismo de defensa en pos de sobrevivir.

Primo Levi relata sobre la inhumanidad de los cuerpos, dice habitar (por momentos) un cuerpo que no es suyo e incluso, pasados algunos días, los prisioneros ya no pueden reconocerse entre ellos. Cuerpos que tienen un modo extraño de andar, duro e inhumano. Mantenemos el paralelismo y situamos que en los niños autistas se puede ver que “su sistema muscular de coordinación es malo, que andan de manera extraña y se mueven de forma diferente a los niños normales” (Bettelheim, 2012, p. 95).

Lo que prevalece en los diferentes escritos presentados por los supervivientes se describe en términos de: crueldad, indignidad, padecimiento, atrocidad, barbarie, cautiverio, entre otras expresiones que utilizan. Pareciera que las condiciones de exterminio aumentarían el umbral del dolor, incluso hasta decantar en una carencia de sensibilidad, probablemente para sobrevivir a condiciones tan escalofriantes. Para no sucumbir, para no perderse totalmente a ellos mismos, o lo que queda de ellos.

Llega un momento en que el prisionero retira todo el interés del mundo para concentrarlo solamente en sobrevivir, dejando incluso de reaccionar ante los acontecimientos. Este aspecto no deja de estar en relación con la marcada ausencia de sentimientos mencionada anteriormente. Pensamos esta cuestión como un deterioro o una perturbación afectiva y emocional.

Entonces, puntualizamos la extinción de toda sensación dolorosa que parece estar íntimamente relacionada a los mecanismos de defensa desarrollados por los prisioneros. La única manera de sobrevivir allí parecía ser insensibilizándose y transformándose, al igual que Joey, en máquinas que realizan su trabajo, que nada sienten y que acatan lo que las autoridades les ordenan. Según los diferentes relatos, la apatía era uno de los principales

mecanismos defensivos, pero no el único. En función de estos planteos decimos que cualquier estrategia es válida si tiene por fin conservar la propia vida.

Hacemos a un lado la problemática del dolor, o más bien ensanchamos nuestro interrogante, sumamos a esta cuestión otras percepciones sensoriales como el calor y el frío, que muchas veces no se sienten y como consecuencia tampoco se registran enfermedades posteriores.

Otra vez caemos en la cuenta de que no hay enfermedades porque no hay cuerpo erógeno. Podemos observarlo también algunos niños que padecen autismo infantil, quienes suelen mantenerse asintomáticos ante condiciones climáticas desfavorables.

Asumimos que cualquier persona que se exponga a condiciones de frío extremo con el correr de los días, mínimamente, presenta algún tipo de síntomas. Del mismo modo, los presos en los campos vivían en condiciones agobiantes, expuestos a temperaturas bajo cero, vestían con ropa totalmente inadecuada para resistir el clima del lugar. Ropa que heredaban de algún preso que había muerto, con agujeros que remendaban de las maneras más ingeniosas.

Los alambres cumplían la función de cordones en los zapatos, los cuales nunca eran de su talla, o bien eran ajustados o grandes, cuando no rotos. Con el frío se encogían y lo más terrorífico llegaba cuando esto ocurría y se percataban de que iban a tener que exponerse al duro trabajo en el campo descalzos, a realizar labores inhumanas y azotados por el frío.

14

Luego de esto nada sorprende, las comidas no eran ni abundantes ni aportaban los nutrientes y proteínas necesarios de una dieta, y en particular una dieta pensada en relación a los parámetros establecidos por la relación trabajo/temperatura.

Residían en condiciones extremas y resistían, muchas veces, sin siquiera enfermarse. Sin embargo, esto no es sin consecuencias, la expropiación de las sensaciones se nos impone como resultado. Cuerpos que resisten tanto temperaturas como condiciones inhumanas, terminan perdiéndose como cuerpos.

La supervivencia solo dejó organismos atormentados por recuerdos. La memoria del recuerdo sin escapatoria y el dolor no registrado en su momento se juegan en la dificultad de rearmar la vida del sobreviviente, que lucha a diario por recomponer el rompecabezas de su vida y escribir otra historia. Consideramos que luego de estos acontecimientos es necesario un proceso de recomposición, ya sea vía la escritura o el medio que cada ex prisionero considere pertinente. Reconstrucción del cuerpo y de una memoria menos tormentosa porque las marcas no son solo corporales.

En función de este recorrido, nos parece importante situar el lugar que ocupa el medio en la humanización de los cuerpos.

Entorno hostil

Dentro de este marco, destacamos la incidencia del medio por el cual se vieron afectados tanto los niños autistas como los sobrevivientes de los campos de concentración. Estas condiciones los llevaron a desafectivizarse hasta inhumanizarse en todos los sentidos del término. Podemos decir que las situaciones vividas produjeron un efecto radical en la personalidad de quienes conforman estos grupos humanos. Además, quien haya padecido situaciones de estas características y haya sobrevivido deberá cargar con las marcas el resto de sus días.

Hacemos especial hincapié en una semejanza marcada por la hostilidad del entorno percibida, ya que lo que queda plasmado es la analogía en función de la realidad interior en

el autismo y la realidad exterior en los prisioneros.

En el caso de los sobrevivientes de los campos de concentración predomina el peligro de muerte de manera constante. Los castigos sufridos, muchas veces sin razón alguna, eran moneda corriente en esos lugares, pero este modo de impartir castigos también fue lo que hizo más fuertes a los sobrevivientes.

Nada puede reflejar la atrocidad padecida. Solo existía la muerte. Retomamos la letra de uno de los ex presos para destacar esta cuestión, refiriéndose a los días en los campos expresa: “esto es el infierno. Hoy, en nuestro tiempo, el infierno debe ser así” (Levi, 2017, p. 21). Vivían en una pesadilla constante e interminable, la cual tuvo consecuencias irrevocables en los sobrevivientes.

Por ello hacemos alusión a que:

Es más difícil saber el tipo de proceso análogo que tiene lugar en la mente de los niños que sufren autismo infantil porque, para ellos, todo ocurre en la esfera afectiva, sin un reconocimiento claro de por qué los que consideran enemigos son tan proclives a la destrucción. (Bettelheim, 2012, pp 121-122)

La realidad es vivida como atormentadora, avasallante y cruel. Vivencian el mundo como aterrador, por lo que su participación en el mismo resulta escueta. Hay una desconfianza total que no solo implica al mundo en sí mismo, sino también a quienes lo habitan.

Además, observamos que los niños autistas se vieron afectados tempranamente en su devenir subjetivo. En tales casos, muchas veces el ambiente no propició un desarrollo favorable afectivo-emocional y tampoco social.

Si el medio es demasiado atípico en las primeras fases de la vida, y si la constitución del sujeto es particularmente vulnerable a sus influencias, el desarrollo de éste quedará, en

15

general, detenido y los rasgos de su personalidad (...) resultarán afectados demasiado gravemente. (Bettelheim, 2012, p. 477)

Entonces, podemos decir que son niños abandonados afectiva y emocionalmente, a nivel simbólico. En la mayoría de los relatos nos encontramos con un desentendimiento afectivo por parte de quienes se ocupan del niño.

En contrapartida, retomamos la situación de los prisioneros y vemos que el entorno hostil que los obligó a desarrollar mecanismos tan particulares, no les afectó en un momento temprano y fundamental de su desarrollo en los diversos planos. Por distintos motivos, ambos grupos humanos viven en un constante peligro. Tanto psíquica como físicamente están expuestos a realidades catastróficas.

Si tenemos en cuenta el entorno pesquismos que hay quien plantea que “el niño autista se defiende con su clausura hacia el mundo externo para no estar a merced del Otro” (Egge, 2008, p. 125). Una inquietud se desprende de la lectura de Egge. El autor a lo largo de su producción menciona el lugar del Otro en el autismo. En nuestro desarrollo hicimos alusión a que estos niños no cuentan con un cuerpo erógeno, lo cual se desprende de la dificultad de la relación al Otro.

Entonces, nos interrogamos por esta cuestión ya que sostenemos que no hay Otro que libidine el cuerpo del infans. Entendemos esta particularidad esquiva del autismo, que desvía la mirada, que no busca contacto con los demás y se encierra en su propia burbuja. De ser así ¿qué lugar queda para el Otro del reconocimiento?

Por su parte, y previamente a las ideas de Egge, Bettelheim interroga esta cuestión remitiéndose a otro autor:

Bosch (...) relaciona esto con la pregunta hecha por Husserl: ¿en qué medida puede un

sujeto solipsista constituir un mundo si no tiene ninguna noción de la existencia del otro? Pues, sin esta noción, no puede reconocerse como sujeto que observa y piensa, es decir, como lo vería otro sujeto. (Bettelheim, 2012, p. 592)

Acordamos con Bettelheim y Bosch en este punto. En función de lo trabajado, podemos pensar a este Otro en el caso de los prisioneros, si tenemos en cuenta los tormentos por los cuales tenían que pasar a diario. Ahora bien, el Otro en el autismo continúa presentándonos como un interrogante: ¿será que no lo registra o que lo registra tanto que lo elude?

Nuestra finalidad al poner en tensión los presupuestos de los diferentes autores es intentar reflejar la realidad del autismo, ya que los hechos a los que estuvieron expuestos los prisioneros nos resultan más cercanos y comprobables. Por su parte, las percepciones de estos niños se nos vuelven una incógnita, así como muchos otros aspectos aquí mencionados.

La apoyatura en estos autores nos ayuda a consolidar una postura y argumentación acorde a los interrogantes que presentamos. Ellos no solo refuerzan la idea que sostenemos, sino que también nos proporcionan herramientas que nos permiten interpelarlos. Son lecturas que nos potencian, que nos interrogan y nos invitan a seguir instruyéndonos.

De esta manera, queda establecida la relación entre un medio considerado hostil y el repliegue en sí mismo en pos de hallar una protección (sostenida por Bettelheim en términos de defensa). Como consecuencia, la merma de afectos y sensaciones, el desmantelamiento subjetivo y la deshumanización.

Reflexiones finales

Hallamos, de este modo, en la instancia de pensar el dolor una convergencia entre dos situaciones. Observamos que las reacciones previamente trabajadas fueron

16

desarrolladas por quienes estaban inmersos en realidades hostiles sin escapatoria posible: los niños autistas y los sobrevivientes de los campos de concentración. Entendemos que el dolor sentido, o no sentido en este caso, no encuentra una ratio, una proporción; queda por fuera de los límites de la lógica y la matemática; pero también fuera de la tramitación psíquica. El dolor no se puede medir ni comparar. No podemos encontrar un punto para comparar un dolor homologado; el dolor tiene una vertiente variable de sujeto a sujeto.

A partir de esto, subrayamos que la ausencia de dolor se imbrica en la ausencia del cuerpo, en tanto cuerpo libidinal. De todo esto, quedan marcas en la subjetividad y en la piel de cada sujeto.

Reafirmamos que la relación al cuerpo es algo que se construye de manera conjunta con Otro, con lo cual esta construcción está necesariamente ligada a lo simbólico y a la carga afectiva que conlleva la palabra en sí. Lo simbólico está emparentado con lo pulsional, es decir, las palabras están afectivizadas. Hay un armado casi invisible que atraviesa cada discurso, le da entidad, enuncia una posición y transmite un afecto; hay un entramado que se imbrica en lo más íntimo de cada vocablo que recorre el cuerpo.

Podemos decir que en estos niños que padecen autismo la falta, vía Otro, de cuerpo libidinal se extendería hasta tal punto que resulta insensible al extremo. La alienación y la ajenidad al cuerpo es tal que no puede responder al dolor. Son niños que viven (o sobreviven) aislados tanto psíquica como físicamente. Encontramos una percepción singular del mundo y de la realidad pero no por esto podemos juzgarla como menos tormentosa que la de los sobrevivientes.

En tal modalidad subjetiva, la palabra se vuelve terrorífica, hay algo en la dimensión de ésta que no se encamina en el sentido (sentido teñido de un afecto particular) que nos permite entender. Podemos decir que, en estos niños, de la inscripción que podemos hablar es de las huellas que dibujan un armado del cuerpo, tallado por todos lados, hasta incluso tatuado de tantas cosas que no encontraron una forma menos agresiva, no encontraron las palabras para poder descargarse, quizá porque la palabra misma no se consolidó.

En una situación la palabra no logra constituirse, como así tampoco el cuerpo y sus afectos; y en la realidad de los sobrevivientes, la palabra no alcanza para abordar tanto horror. Respecto de estos últimos, la ausencia de dolor la vinculamos a los mecanismos de defensa. Es decir, los prisioneros llegaron a desentenderse del registro corporal con el único propósito de conservar la vida; hablamos de un cuerpo erógeno que ante una realidad terrible y avasallante deviene nuevamente organismo como mecanismo de defensa.

Partimos de relatos sobre cuerpos expropiados de los atributos propiamente humanos y notamos que se hacen presentes muchos de los efectos de sobrevivir a estos procesos. Entendemos que sus cuerpos llevan el peso de estos padecimientos.

Retomamos la idea de Egge a partir de la cual sitúa que la clausura hacia el mundo implica la apertura de la carne, único rastro del sufrimiento vivido. Del mismo modo, el sujeto en los campos de concentración se insensibiliza como defensa para poder sobrevivir al horror.

Asimismo, consideramos que tanto los niños autistas como los prisioneros son sobrevivientes de estas realidades que dejaron huellas en la subjetividad, que mutilaron sus afectos y borraron todos sus rastros de humanidad. Son situaciones de las que no pudieron escapar y como consecuencia sostenemos que tampoco podrán escapar a los rastros, las huellas que marcan la piel y la memoria que implican, asimismo, un desmantelamiento subjetivo y secuelas de todo tipo.

En los casos trabajados, que en este escrito tomamos apenas ciertos fragmentos, el padecimiento del encierro, ya sea en sí mismos o en los campos de exterminio, acarrea la deshumanización. Razón por la cual el sí mismo (como lo plantea Bettelheim) conlleva profundas modificaciones, si es que se pudo desarrollar. El refugio en uno mismo parece ser la única esperanza para sobrevivir en un mundo tan hostil. Así es como estos niños

optaron por una retirada total y eficaz, ante un mundo que solo les generaba temor. Si hablamos de autismo decimos que, ante todo, hay preguntas, ya que es poco lo que podemos saber por comunicación directa con estos niños. Por esta razón es que en el

17

presente escrito nos permitimos interrogarnos sobre dos temáticas que nos interpelan de manera personal, situaciones que llegan a movilizar lo más íntimo de uno. Marcas no sentidas que nos sacuden, que nos hacen investigar y que nos hacen decir lo que otros no pueden.

Nos pareció relevante trabajar este paralelismo, planteado inicialmente por Bettelheim, para poder deslindar la ausencia de dolor de un diagnóstico, o, específicamente, de los niños gravemente afectados en su subjetividad. En función de los relatos de los sobrevivientes, planteamos una realidad diferente a la del autismo pero que también deja al cuerpo erógeno como mero organismo, sin sensibilidad y sin registro del dolor.

Escribimos con el propósito de abrir nuevos horizontes de cuestionamientos, de interpelar a los autores y continuar adentrándonos en el mundo del autismo, propósito tan arduo como apasionante. Para esto nos apoyamos en la pluralidad de lecturas, las cuales intentan dar cuenta de lo complejo del campo en cuestión.

Sin embargo, nos parece que la bibliografía específica de autismo no es suficiente para dar cuenta de la realidad del mismo. Es decir, consideramos que los relatos no logran transmitir de manera completa lo que ocurre en la práctica. Muchas veces, la crudeza de los acontecimientos culmina por angustiar y dividir (subjetivamente) a quienes trabajan con estos niños.

La singularidad de la práctica nos invita a pensar un modo de abordaje para cada quien, donde se pongan de relieve las características particulares, lo que implica además historizar el padecimiento para que los niños no queden atrapados en la lógica nosográfica. Tanto los niños autistas como los sobrevivientes son presos de un nombre impropio, ya sea una etiqueta diagnóstica o un número grabado a fuego, que los clasifica y no los representa, pero por sobre todo desdibuja la singularidad y la historia de cada sujeto.

Como futuros psicoanalistas tenemos el deber de repensar una clínica que propicie la herencia simbólica, donde los afectos comiencen a conectarse. Hacemos hincapié en el armado corporal (erógeno), de la mano de lo simbólico y lo imaginario, para que las autoagresiones no persistan y agujeren lo real del cuerpo.

Entonces, en pos de volver a escribir un nombre propio, borrado por los diagnósticos, el psicoanálisis nos enseña a trabajar caso por caso. Desde esta postura, el enfoque está puesto en el sujeto que padece, no en la nomenclatura que acompaña al niño. El trabajo implica la planificación de estrategias pensadas en función de cada sujeto sufriente y su entorno, teniendo en cuenta tanto lo sincrónico como lo diacrónico del entramado familiar. Desde allí, situamos un camino posible frente a esta realidad que parecía sin escapatoria.

Referencias bibliográficas

Bettelheim, B. (1981). *Sobrevivir. El holocausto una generación después*. Barcelona, España: Crítica.

Bettelheim, B. (2012). *La fortaleza vacía: autismo infantil y nacimiento del yo* (1.a ed.). Buenos Aires, Argentina: Paidós.

Egge, M. (2008). *El tratamiento del niño autista*. Madrid, España: Gredos. Frankl, V. (2015). *El hombre en busca de sentido*. Barcelona, España: Herder. Freud, S. (1996). *El yo y el ello y otras obras (1923-1925)* (2.a ed., Vol. 19). Buenos Aires, Argentina: Amorrortu.

Freud, S. (2008). *Esquema del Psicoanálisis* (1.a ed., 17.a reimp.). Buenos Aires, Argentina: Paidós.

Freud, S. (2013). *Publicaciones prepsicoanalíticas y manuscritos inéditos en vida de Freud (1886-1899)* (2.a ed., Vol. 1). Buenos Aires, Argentina: Amorrortu. Jerusalinsky, A.

(1988). *Psicoanálisis del autismo*. Buenos Aires, Argentina: Nueva visión.

Lacan, J. (2005). *El seminario 23: el sinthome*. Buenos Aires, Argentina: Paidós.

Lacan, J. (2018). *El estadio del espejo como formador del yo (je) tal como se nos revela en*

la experiencia psicoanalítica; Escritos 1. Buenos Aires, Argentina: Siglo XXI Editores.

Le Breton, D. (2019). *La piel y la marca: acerca de las autolesiones* (1.a ed.). Buenos Aires, Argentina: Topía.

Levi, P. (2017). *Si esto es un hombre*. Barcelona, España: Giulio Einaudi. Levin, E. (2019). *Autismos y espectros al acecho. La experiencia infantil en peligro de extinción*. Buenos Aires, Argentina: Noveduc.

Levin, J. (2002). *Tramas del lenguaje infantil*. Buenos Aires, Argentina: Lugar.

Maleval, J. C. (2017, 12 agosto). *De la Estructura Autística*. Recuperado 18 noviembre, 2019, de <https://psicoanalisislacaniano.com/estructura-autistica-maleval-2017/> Manzotti, M. (2008). *Clínica del autismo infantil. El dispositivo soporte*. Buenos Aires, Argentina: Grama.

Rodés Teixidor, J., & Guardia Massó, J. (1997). *Medicina interna*. Barcelona, España: Masson.

Semprun, J. (1994). *La escritura o la vida*. Barcelona, España: Tusquets.